

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO VII--TOMO II--NÚM. 25
Director: LIC. RAFAEL REYES SPÍNDOLA.

MÉXICO, DICIEMBRE 16 DE 1900.

Subscripción mensual foránea, \$ 1.50
Idem idem en la Capital, 1.25
Gerente: ANTONIO CUYÁS.



Sr. Ingeniero D. Leandro Fernández,
Nuevo Ministro de Fomento.

El nuevo Ministro de Fomento.

El señor Ingeniero Don Leandro Fernández, con cuyo retrato ilustramos hoy la primera página de este semanario, acaba de ser nombrado por el Presidente de la República, Secretario de Estado y del Despacho de Fomento.

Aceptado el nombramiento por medio de una comunicación en que el señor Fernández manifiesta sus agradecimientos por la alta honra que se le ha dispensado, y dice que se sentirá satisfecho si los servicios que pueda prestar llegan á ser de utilidad para el país y de crédito para la nación, el jueves prestó la protesta de Ley, habiéndosela tomado el señor Secretario de Relaciones, como Jefe del Gabinete.

En los salones de la Presidencia había numerosas personas que esperaron la salida del nuevo Ministro para presentarle sus felicitaciones.

El señor Ingeniero Don Leandro Fernández, cuenta con honorosos antecedentes, bien demostradas aptitudes y numerosas simpatías. Tiene 49 años de edad, se recibió de Ingeniero el año de 1873 y desde entonces ha desempeñado trabajos y puestos de importancia.

Entre sus principales estudios se cuentan los siguientes: construcción de puentes, canales y obras en los puertos de México, su estudio de Pesas y Medidas para la adopción del Sistema Métrico Decimal, en la República, la formación de proyectos para la apertura de caminos carreteros, el estudio que emprendió para la reforma del proyecto del Desagüe del Valle de México y el importante trabajo que sobre el valor de la pesantez, emprendió en colaboración con el señor Ingeniero Francisco Jiménez.

Determinó la longitud y latitud de 35 puntos de la República.

Ha sido Profesor y Director de la Escuela de Ingenieros, Regidor de Obras Públicas, Subsecretario de Comunicaciones, Ingeniero Consultor de importantes comisiones y de las obras del Desagüe, Director del Observatorio Meteorológico, Gobernador de Durango, Director de la Casa de Moneda, etc.

DE AUTOS.

“En el pueblo del Huizache, á los veinte días del mes de Febrero de mil novecientos, habiéndose recibido la adjunta consigna, se pasó al punto conocido con el nombre de “Corral de piedra,” distante como un kilómetro del lugar, y se da fe haber visto el cadáver de un hombre como de veintidós años de edad, alto, moreno, con un ligero bozo en el labio superior, cabellos, cejas y ojos negros: presentaba en la región precordial un agujero producido por la entrada de una bala, proyectil que tenía su orificio de salida en el omóplato izquierdo, y otra herida de sable hacia el frontal, midiendo la lesión once centímetros de tamaño por uno de anchura; la profundidad no se pudo apreciar por no contarse con instrumentos apropiados para ello. Junto al cadáver se hallaron un sarape rojo empapado de sangre, una bolsa de cuero conteniendo cigarrillos, veintidós centavos en cobre, veinticinco en plata, un ejemplar de la imagen conocida por “Anima sola,” y un papel de conocimiento subscripto por D. Manuel Tames, de Guadalajara, en que atestigua la hombría de bien de un sujeto cuyo nombre no puede leerse. Al occiso se le mandó enterrar en el cementerio del pueblo, disponiéndose que antes permanezca á la espectación pública, vestido con las ropas con que se le encontró, que son pantalones de dril blanco, camisa de “calicot,” ceñidor, “huaraches” y sombrero de palma, por si hay alguna persona que lo reconozca. Cerca del sitio en que se supone acontecieron los hechos, se halló un trozo de sable que se presume haya sido uno de los instrumentos vulnerantes.

Así terminó esta acta, que subscribe en unión del alcalde y testigos de asistencia, el ciudadano Gregorio López, práctico en medicina, de cuarenta años de edad, casado y vecino de este lugar, por no haber médico titulado en la jurisdicción.

No se mandó practicar autopsia del cadáver por no tenerse á mano objetos apropiados para ello.”

“En la fecha, presente una quejosa, dijo, previa protesta legal, llamarse Damiana Pérez, casada, sin profesión, de setenta años de edad, originaria y vecina de Guadalajara: que el cadáver que tiene presente, es el de su hijo Ignacio Almeida, de veintiún años, carpintero, hijo de la deponente y de su marido Pedro Almeida: que su mencionado hijo fué muerto por la “acordada” de este lugar, habiendo acaecido los hechos de la manera siguiente: que desde hacía algún tiempo su citado hijo mantenía relaciones honestas con Marta Ruiz, vecina de la casa en que habita la quejosa en Guadalajara, que es la “alcacería” llamada “La Calavera” que como los padres de la Ruiz injustificadamente se oponían á las relaciones de los amantes, Ignacio se propuso robar á Marta, lo cual ejecutó, viniéndose á este punto, donde pensaba trabajar en su oficio: que la deponente, sabedora de los sucesos y contando ya con el consentimiento de los padres de la Ruiz, que es menor de edad, se propuso legalizar la unión y á ese efecto se encaminó al “Huizache,” donde supo á su llegada que Ignacio se encontraba preso y después que había sido muerto: que es cuanto tiene que exponer, advirtiendo que la buena conducta de su hijo pueden atestiguarla sus patrones Don Juan Cortés, Don Manuel Tames y otras muchas personas que lo conocieron y estaban al tanto de su comportamiento.”

“El mismo día, presente un testigo, expuso, previa la protesta acostumbrada, que se llama Antonio Vera, casado, de cincuenta y cinco años de edad, originario de Ixtlán y actualmente “Juez de la acordada” de este lugar, que el cadáver que se le presenta es el de un individuo que el día de ayer le entregó el señor Presidente Municipal para que lo condujera á la cabecera del partido, acusado, si mal no recuerda, de vago, mal entretenido y de haberse robado á una “muchachona” que venía con él: que según sabe, dió esos informes al señor Presidente, el señor Don Pedro Gómez Gálvez, dueño de la Hacienda de San Buenaventura, quien pidió contra el hoy difunto á causa de que se le habían perdido de uno de sus potreros dos caballos que estaban allí “persegados,” siendo uno de ellos conocido con el nombre de “El Resorte” y el otro el que llamaban “El Jaltomate,” así como veinte pesos en dinero y otros objetos que desaparecieron de la tienda de la finca: que el día de hoy, á la madrugada, dispuso á sus subordinados que ensillaran sus caballos y así lo hicieron, conduciendo entre filas al preso, que iba maniatado: que al llegar al punto conocido por “Corral de piedra” el hoy difunto que había conseguido desprenderse de las ligaduras á favor de la obscuridad, emprendió la fuga gritando: “viva la libertad de los hombres; síganme si son tan “fiebres,” por lo cual los individuos que acompañaban al deponente descargaron sus armas contra el que se escapaba, cesando en su ataque al ver que caía muerto el reo: que Almeida, al emprender la fuga, disparó dos tiros, de los cuales uno traspasó el sombrero que portaba uno de los “auxiliares” y el otro se incrustó en la montura del declarante: que ignora cómo haya podido el reo procurarse el revólver con que trató de ofenderlos, así como á dónde lo haya arrojado al correr: que igualmente ignora de qué proceda la lesión de arma blanca que el cadáver presenta, pues ninguno de sus subordinados hizo uso de su sable contra el inculgado.

Ratificó lo expuesto, leído que le fué, y no supo firmar.”

(Declaraciones uniformes de cuatro “auxiliares.”)

“En seguida, el Juzgado da fe tener á la vista un sombrero de color gris, perforado en el ala y la copa por un disparo al parecer de arma de fuego, y una silla “vaquera” que ostenta las mismas señales en la “teja.”

“En veinticuatro de Febrero, presente un testigo, previas las formalidades legales, dijo llamarse Marta Ruiz, soltera, de dieciséis años de edad, sin profesión, originaria y vecina de la ciudad de Guadalajara: que conoce á Ignacio Al-

meida con quien estuvo en relaciones por espacio de seis meses, habiendo antes tenído las honestas con el fin de contraer matrimonio, sin que hubieran cumplido sus deseos, por causa de la oposición que formularon los padres de la que habla, razón por la cual, de común acuerdo, determinaron salirse juntos á reserva de casarse después: que al llegar á este punto y careciendo de trabajo, Almeida lo solicitó y obtuvo en la hacienda de San Buenaventura, situada á media legua de este lugar: que al principio vivieron contentos; pero que como á pcco el señor Don Pedro Gómez Gálvez, dueño de la finca, empezara á cortejar á la declarante excitándola á que dejara á Almeida y ella se resistiera, el señor Don Pedro se disgustó amenazándola con acriminar á su amante, como lo efectuó de seguro, pues hace como dos semanas fué puesto preso Almeida sin que la exponente haya logrado verlo en todo ese tiempo, ni saber de qué lo acusaban: que es falso que Ignacio haya tenido pistola y mucho más que la haya disparado contra alguien: y que si sabe que el sombrero y la silla que están á la vista (los de que se ha dado fe) aparecen en todos los procesos semejantes á éste, á fin de que se certifique que están perforados; pero que dichas huellas son antiguas, pues según le han dicho, en la causa que se siguió hace dos años con motivo de la muerte de Perfecto Sánchez ya se habían presentado dichas prendas: que hace tres días, al saberse en San Buenaventura la muerte del amante de la que habla, se le acercó el señor Gómez Gálvez y le dijo: “¿Ya ves, ingrata, lo que pasó? Pues tú cargas con eso.” Y que como pretendiera abrazarla y la exponente se desasiera de él, el señor Don Pedro dispuso que la expulsaran de la hacienda, como se hizo, sin dejarla siquiera sacar sus “avíos.”

Ratificó lo expuesto, leído que le fué, y no supo firmar.”

“En catorce de Junio que se supo estaba en el lugar el señor Don Pedro Gómez Gálvez, el personal del juzgado pasó á la casa de dicho sujeto con el fin de interrogarle. Previa la protesta de ley que rindió, dijo ser casado, propietario, de cuarenta años de edad, originario de la hacienda de San Buenaventura y vecino de Guadalajara: que conoció á Ignacio Almeida, carpintero que estuvo sirviéndole en su finca por espacio de seis meses: que últimamente, habiéndosele perdido de San Buenaventura diferentes animales, dinero y otras cosas, y teniendo sospechas de que el ladrón hubiera sido Almeida, lo avisó al señor Presidente Municipal, quien dispuso la aprehensión del reo: que sabe que el mismo Almeida fué muerto por sus guardianes, al fugarse, en el punto llamado “Corral de piedra” y que disparó una pistola sobre los dichos rurales: que no conoce á Marta Ruiz ni le ha hecho nunca proposiciones amorosas, ni fué ese el motivo de su denuncia, sino el deseo de recuperar las cosas de su propiedad que se le habían perdido.”

“En la fecha, se procedió á celebrar careo entre el anterior declarante y la testigo Ruiz (que fué mandada traer de su casa por medio de la fuerza pública) por las diferencias que se advierten en sus dichos. La Ruiz al señor Gálvez con mucha exaltación: “usted me requirió de amores y me dijo que si no le daba esperanzas acriminaría á Ignacio.”

El señor Gómez Gálvez á la Ruiz: “es falso, pues yo ni siquiera conocí á usted.”

No lográndose avanzar más á causa de que la Ruiz no pudo contestar por haber sufrido un grave accidente, se dió por terminada la diligencia; firmó de los careados el que supo, en unión del alcalde y los testigos.”

“El Huizache,” Julio primero de mil novecientos. No resultando de lo actuado méritos para proceder en contra de persona determinada, archívense estas diligencias. Notifíquese.

Lo decretó el Juez primero constitucional, actuando con testigos de asistencia.”

7 de Julio de 1900.

Victoriano Salado Alvarez.

Primer cuento de un libro que acaba de publicar Victoriano Salado Alvarez.



Todos los años, por las Calendas, los poetas provenzales publican en Aviñón un regocijado librito lleno hasta los bordes de versos hermosos y de bonitos cuentos. Acábame de llegar el de este año, y en él encuentro un adorable cuento en verso, que voy á tratar de traduciros abreviándolo un poco... Parisienses, preparad vuestras canastas.. Esta vez se os va á servir fina flor de harina provenzal.

El abate Martín era cura de Cucuñán.

Bueno como el pan, franco como el oro, amaba paternalmente á sus cucuñanenses. Cucuñán hubiera sido para él el paraíso en la tierra, si los cucuñanenses le hubiesen dado un poco más de satisfacción. Pero ¡ay!, las arañas tejían en su confesonario, y el hermoso día de Pascua, las hostias permanecían en el fondo de su sagrado copón. El buen sacerdote tenía lacerado el corazón con esto, y no cesaba de pedir á Dios de continuo la merced de no morir, antes de haber vuelto al redil su descarriado rebaño.

Pues bien, vais á ver como Dios le oyó.

Un domingo, después del Evangelio, el señor Martín subió al púlpito, y dijo:

“Hermanos míos, creedme si queréis: la otra noche, ¡miserio de mí, pecador!, me hallé á las puertas del paraíso.

“Llamé: ¡abrióme San Pedro!

—¡Caramba! ¿Es V., mi buen señor Martín?— me dijo.—¿Qué buen viento le trae por acá? ¿En qué puedo servirle?

—“Buen San Pedro, Vd. que tiene el gran libro y las llaves, pudiera decirme (si no pecho de curioso en demasía,) ¿cuántos cucuñanenses tienen Vds. en el paraíso?

—“No puedo negarle nada, señor Martín; siéntese, vamos á ver la cosa juntos.

“Y San Pedro cogió su abultado libro, lo abrió y se puso las antiparras.

—“Veamos un poco: ¿Cucuñán, decimos? Cu... Cu... Cucuñán. ¡Aquí está! ¡Cucuñán!... Mi buen señor Martín, toda la página está en blanco. ¡Ni un alma!.. No hay aquí más cucuñanenses que espinas en una pava.

—¡Cómo! ¿Nadie de Cucuñán aquí? ¿Nadie? ¡No es posible! Mire Vd. mejor...

—“Nadie, santo varón. Mire V. mismo, si piensa que me burlo.

“Yo ¡por vida! hería el suelo con los pies, y jun-

tando las manos clamaba misericordia. Entonces ces, San Pedro dijo:

—“Créame, señor Martín, no hay que tomarse tanta desazón, pues podría darle un arrebato de sangre. Después de todo, V. no tiene la culpa. Mire, sus cucuñanenses de seguro que deberán estar pasando su cuarentenilla en el purgatorio.

—“¡Ah! ¡Por caridad, excelso San Pedro, haga V. que á lo menos pueda verlos yo y consolarlos!

—“Con mucho gusto, amigo mío... Mire, cálcese pronto estas sandalias, porque los caminos no están nada buenos... Bien... Ahora camine en derechura. ¿Ve V. allá abajo, en el fondo, á la vuelta? Pues allí encontrará V. una puerta de plata, llena de cruces negras... á mano derecha... Llame y le abrirán. ¡Adios! Conservarse tan sano y tan guapo.

“Y anduve... anduve! ¡Vaya un trajín! Carne de gallina se me pone, sólo de pensarlo. Un senderito lleno de cambroneras, de carbuncos relucientes y de culebras que silbaban, me llevó hasta la puerta de plata.

—“¡Tan, tan, tan!

—“¿Quién llama?—me dijo una voz ronca y quejumbrosa.

—“El cura de Cucuñán.

—“¡Ah!... Pase V.

“Entré. Un ángel grande y hermoso, con alas oscuras como la noche y un traje talar resplandeciente como el día, con una llave de diamante colgando del cinturón, escribía “cra-cra”, en un gran librote más gordo que el de San Pedro...

—“Acabe pronto, ¿qué quiere V. y qué pregunta?—dijo el ángel.

—“Bello ángel de Dios, quiero saber (si no pecho tal vez de curioso), si tienen Vds. aquí á los cucuñanenses.

—“¿Los...?

—“Los cucuñanenses, las gentes de Cucuñán... Que yo soy su párroco.

—“¡Ah! El Abate Martín, ¿no es eso?

—“Para servir á Vmd., señor ángel.

—“Decía V. que Cucuñán...

“Y el ángel va y abre su gran libro, mojando el dedo en saliva para que las hojas corran mejor...

—“¿Cucuñán?—dice, exhalando un profundo



suspiro.—Señor Martín, en el purgatorio no tenemos á nadie de Cucuñán.

—“¡Jesús, María y José! ¡Nadie de Cucuñán en el purgatorio! ¡Santo Dios! Pues ¿dónde están?

—“¡Eh, santo varón! Estarán en el paraíso. ¿Dónde diantres quiere usted que estén?

—“¡Pero si vengo de allí, del paraíso!...

—“¿Que viene V. de allí? Bueno, ¿y qué?

—“Bueno, ¿y qué?... ¡Qué no están allá... ¡Ah Santa Madre de los ángeles!

—“¿Qué quiere V., señor cura? Si no están en el paraíso ni en el purgatorio, ¿qué duda tiene! están en el...

—“Santísima cruz! ¡Jesús, hijo de David! ¡Ay, ay, ay! ¿Es posible?... ¡Habrá mentido el gran San Pedro!... ¡Sin embargo, no he oído cantar el gallo!... ¡Ay, pobres de nosotros! ¿Cómo he de ir al paraíso, si allí no están mis cucuñanenses?

—“Oiga, mi pobre señor Martín; puesto que se empeña, cueste lo que cueste, en estar bien seguro de todo ello, y ver por sus propios ojos lo que haya, tome V. esa senda y ande á buen paso, si sabe correr... A la izquierda encontrará un gran portal. Allí le darán razón de todo. ¡Váyase con Dios!

“Y el ángel cerró la puerta.



“Era un largo sendero, empedrado todo él de brasas rojas. Tambaleábame, como si hubiese bebido; á cada paso un tropiezo; iba chorreando agua en cada pelo de mi cuerpo había una gota de sudor y jadeaba de sed... Pero, á fe mía, gracias á las sandalias que me prestó el buen San Pedro, no me abrasaba los pies.

“Así que hube dado muchísimos pasos renqueando, ví á la mano izquierda una puerta... no, un portón, un enorme portón, abierto de par en par, como la puerta de un gran horno. ¡Oh hijos míos, qué espectáculo! Allí no me preguntan mi nombre, allí no hay registro. Por hornudas y con puerta franca éntrase allá, hermanos míos, lo mimito que entráis vosotros el domingo en la taberna.

“Sudaba yo la gota gorda, y sin embargo, estaba yerto, escalofriado. Poníanseme los pelos de punta. Olía á chamusquina, á carne asada, algo así como el olor que se difunde por nuestro Cucuñán cuando el albéitar Eloy, quema el caseo de un burro viejo al herrarlo. En aquel aire pestífero y caluroso me quedaba sin aliento; oía un clamor horrible, gemidos, aullidos y juramentos.

—“Vamos, tú! ¿Entras ó no entras?—me dijo un demonio cornudo, pinchándome con su tenedor.

—“¿Yo? No entro. Soy un amigo de Dios.

—“Con que eres un amigo de Dios?... ¡Eh, bribón de tiñoso! ¿Qué vienes á hacer aquí?...

—“Vengo... ¡Ah, no me hables de eso, que ya no puedo tenerme en pie!... Vengo... vengo de lejos... á preguntarle á V. humildemente..



...si...sí, por casualidad.... hay aquí... alguno... alguno de Cucuñán...

—“¡Ah, fuego de Dios! Te haces el tonto, como si no supieras que todo Cucuñán está aquí. Mira, cuervo feo, mira y verás cómo apañamos aquí á tus famosos cucuñanenses....”

“Y en medio de un espantoso torbellino de llamas, ví:

“Al larguirucho de Coq-Galine (todos lo habéis conocido, hermanos míos); Coq-Galine, aquel que se emborrachaba tan á menudo, y con tanta frecuencia sacudía las pulgas á su pobre Clairon.

“VÍ á Catarinet...aquella mendiga pequeña... con su nariz al aire... que dormía sola en el hórreo... ¿Os acordáis, tunantones?... Pero, chito; he dicho lo bastante.

“VÍ á Pascal Doigt-de-Poix, que hacía su aceite con las olivas del señor Julien.

“VÍ á Baet, la espigadora, que al espigar, para atar más pronto su gavilla, robaba á puñados en los montones de haces.

“VÍ al maestro Grapasi, que aceitaba tan bien la rueda de su carretón.

“Y á Dauphine, que vendía tan cara el agua de su pozo.

“Y al Tortillard, que cuando me encontraba llevando al Santísimo, seguía como si tal por su camino, calada la gorra en la cabeza y con la pipa en el morro, y orgulloso como Artabán... cual si se hubiese topado con un perro.

“Y á Coulau con su Zette, y á Santiago, y á Pedro y Antonio....”

Conmovido y pálido de miedo, gimió el auditorio al ver en el infierno, abierto de par en par, quién á su padre y quién á su madre, éste á su abuela, estotro á su hermana....

Ya comprenderéis, hermanos míos,—prosiguió el buen abate Martín,—ya comprenderéis que esto no puede continuar así. Tengo cura de almas, y quiero, ¡quiero! salvaros del abismo adonde todos estáis en vías de rodar cabeza abajo. Mañana pongo manos á la obra, mañana mismo, sin tardar. ¡Y no faltará quehacer! He aquí cómo voy

á arreglármelas. Para que todo ande bien, hay que hacerlo todo con orden. Iremos en filas, como en Jonquières cuando hay baile.

“Mñana, lunes, confesaré á los viejos y viejas. Esto no es nada.

“El martes, á los chiquillos. Pronto acabaré. “Miércoles, los mozos y las mozas. Esto podrá ser largo.

“Jueves, los hombres. Cortaremos por lo sano. “Viernes, las mujeres. Diré: ¡nada de chismes!

“Sábado, ¡el molinero!.... No es mucho un día sólo para él....”

“Y si el domingo hemos acabado, seremos muy felices.

“Ya veis, hijos míos; cuando el trigo está maduro, hay que segararlo; cuando el vino está echado, hay que beberlo. Basta ya de ropa sucia; se trata de lavarla, y de lavarla bien.

“Esta es la gracia que á todos os deseo. Amén.”

Dicho y hecho. Hubo colada de lejía.

Desde aquel memorable domingo, el aroma de las virtudes de Cucuñán se respira á diez leguas en contorno.

Y el buen pastor, Sr. Martín, dichoso y lleno de regocijo, soñó la otra noche que, seguido de todo su rebaño, subía el clarísimo camino de la ciudad de Dios, en resplandeciente procesión, en medio de los cirios encendidos, de una nube de incienso que embalsamaba, y de los niños de coro cantando el “Te Deum.”

Y héte aquí la historia del cura de Cucuñán, tal como me ha mandado contárosela ese gran tunarra de Roumanille, quien la sabía á su vez por otro buen compañero.

Alfonso Daudet.

LEYENDAS OAXAQUEÑAS

LA VIRGEN PINOPAÁ

Cantando rústicos sonos
Bajo el cielo tehuano,
Iba un pastor errabundo
Conduciendo su rebaño;
Y al subir á un montecillo
Cuya cumbre es verde llano
Y forma como una mesa,
Invisible desde abajo,
Miró espaciosa planicie
Recién barrida; y andando,
Vió que en su centro apoyadas
Varias piedras, como en cuadro,
Rodeaban otra piedra
Como una esfera. Las manos
Puso en ella y, al tomarla,
Súbite, para su pasmo,
Se apareció, de improviso,
Como caído de lo alto,
Un indio de fuerte talla,
Luenga barba, y pelo cano,
Vestido con blanca túnica
Y apoyado en toseco báculo;
Y así le dijo en un tono
Mitad divino y humano:
—“No toques más esa esfera,
Prosigue con tu rebaño,
¡Oh pastor, que no conoces
Ese símbolo sagrado!
Que si te parece piedra
Es porque eres un villano;
Déjala si no ambicionas
Que presto, para tu daño,
Sobre tu frente fulmine
El cielo todos sus rayos!
Pero si lavar anhelas
La mancha de tu pecado,
Inclínate reverente
Ante ese símbolo santo.
¿Ignoras lo que es la esfera?
¿No sabes, pastor, acaso,



Lo que es esa piedra mística
Que custodio há tantos años?
Pues sábelo, y marcha:—“El Rey
De Teozapotlán, el bravo

Monarca que, en ardua lucha,
Conquistó el suelo tehuano,
Cedió este reino á su hijo
Y le impuso, al coronarlo,

Como un deber imperioso,
Retuviera en sus estados
A Pinopaá, su hija,
De hermosura y fe dechado;
Fué un modelo de virtudes
Pinopaá, fué el encanto
De los pueblos que adoraban
En ella un divino oráculo,
Cuya mirada era siempre
Para toda pena un bálsamo
Y cuya palabra dulce,
Más que la voz de los pájaros,
Hasta los sordos oían
Como inimitable canto
Que despertaba en el alma
Sentimientos sobrehumanos.
Más, por desgracia, la virgen,
Presa de hondo mal extraño,
Cuando á Jalapa llegara
Cayó de la muerte en brazos,
Para velar, desde entonces,
Por su reino desde lo alto.

La dura y fatal noticia
Circuló de labio en labio,
Con la rapidez ingente
De los sucesos ingratos...
A'zóse el sombrío féretro
Y en torno de él se agruparon
Caciques, grandes señores,
Y el pueblo, henchidos de llanto,
Para preparar la triste
Fosa de la virgen, cuando
En la presencia de todos
Y como por arte mágico,
Pinopaá transformóse
En esta esfera... sagrado
Tesoro inmortal que todos
Humildes reverenciamos,
Pues por los dioses ha sido
Para el culto destinado!
Ay! infeliz del que, aleve,
Profane, con torpe mano,

Este reliquial! Maldito
 Quien, con intentos menguados,
 Irrespetuoso dirige
 Sobre esta meseta el paso,
 Sin rendir un homenaje
 Ante este recuerdo santo
 Pinopaá nos da amparo,
 Irrítanse ante el incrédulo
 Y al fulminarle sus rayos,
 Lo convierten en vil polvo
 O en miserable gusano!..."

Y al terminar su leyenda
 El indio grave y anciano,
 Ocultóse en pleno día
 De la luz el rojo astro,
 Se estremecieron los montes
 Y—como si inmensos carros
 Sobre los cielos rodaran—
 Atronó la tierra... cuando
 A cien leguas de distancia,
 Lanzado por el espacio,
 Como una débil arista,
 Se vió el pastor transportado,
 Sin que le faltara ni una
 Oveja de su rebaño,
 Aunque, herido de hondas penas
 Y de temores extraños,
 Siempre miraba delante
 Al indio de pelo cano
 Túnica ceñida y blanca,
 Luenga barba y toseco báculo!

Miguel Bolaños Cacho.

**BANQUETE EN HONOR
 De los Señores Gobernadores de los Estados**

Como un eco de las fiestas presidenciales, que reseñamos en nuestro número anterior, tuvimos el domingo último una animada reunión que organizaron el Gobierno de Distrito y el Ayuntamiento de la capital, como una galantería hacia los señores Gobernadores de los Estados, que visitaron esta ciudad.

Consistió la fiesta en un espléndido banquete que se verificó en el Salón de Cabildos del Palacio Municipal. El edificio fué adornado con el mayor arte y llamaba la atención desde la fachada que se iluminó profusamente con una infinidad de focos incandescentes.

El conjunto era hermosísimo, completándolo un ático de luces, que semejaban dos banderas cruzadas, llevando en el centro un óvalo de bombillas opacas que orlaba un buen retrato del señor General Díaz.

El pasillo de entrada lucía magnífico decorado floral y tras el cancel de cristales que cierra el vestíbulo, se colocó una pequeña plataforma cubierta de heno y sembrada de ramilletes, sobre la cual se destacaba un busto del Primer Magistrado de la Nación, sirviéndole de dosel dos pabellones entrelazados.

Las escaleras estaban también profusamente adornadas, pero lo más notable era el Salón de Cabildos que se convirtió en un extenso comedor.

Este salón, que de por sí representa una obra de arte, no ostentaba otros adornos extraordinarios, que estatuas de bronce, sosteniendo haces de globos luminosos y guías florales que se prolongaban en ondas, descendiendo del artesonado.

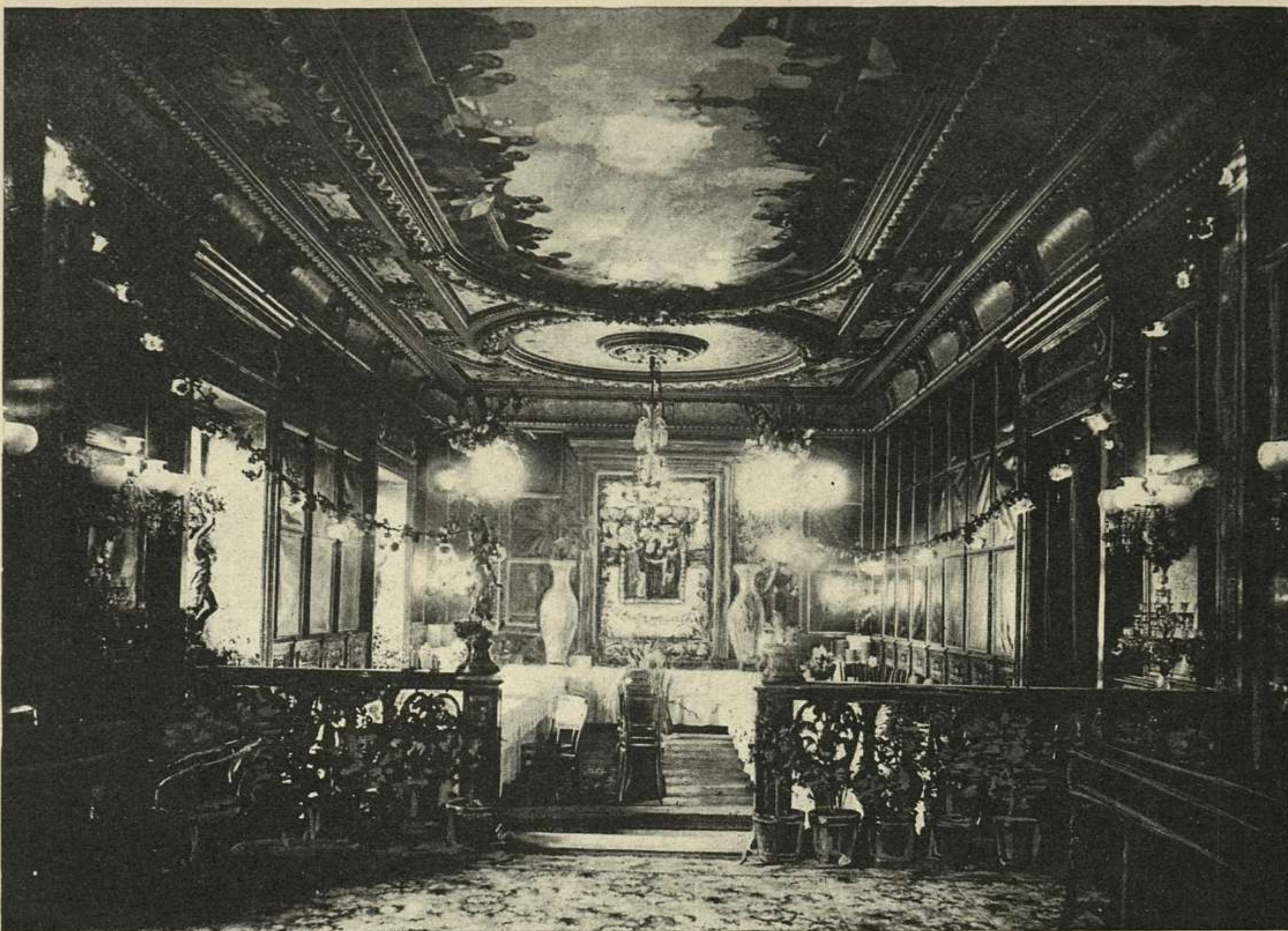
El oro del soberbio "plafond" brillaba al contacto de los rayos de los mil focos que tendían un manto de luz en todos los ámbitos de la suntuosa sala, perfumada con el aroma de las rosas.

En la cabecera, un magnífico retrato del General Díaz sobre un "panneau" de raso blanco, enmarcado por pequeños ovalillos de los colores nacionales, atrajo las miradas.

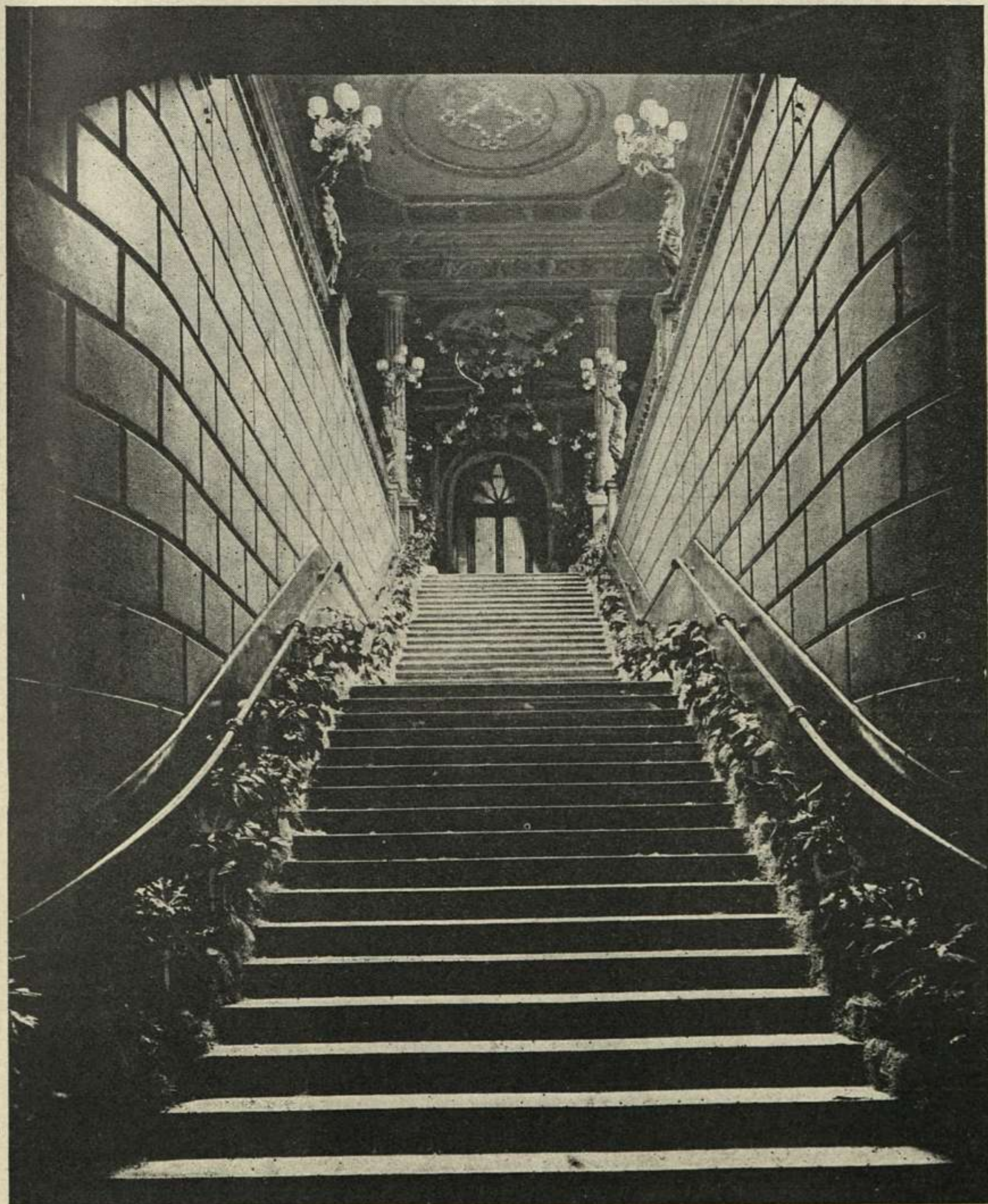
Dos tibores chinescos de irreprochable gusto, se levantaban á sus lados, coronados de plantas exóticas.

Ese era todo el adorno: sencillo, pero en su misma sencillez llevaba el sello del arte y del refinamiento moderno.

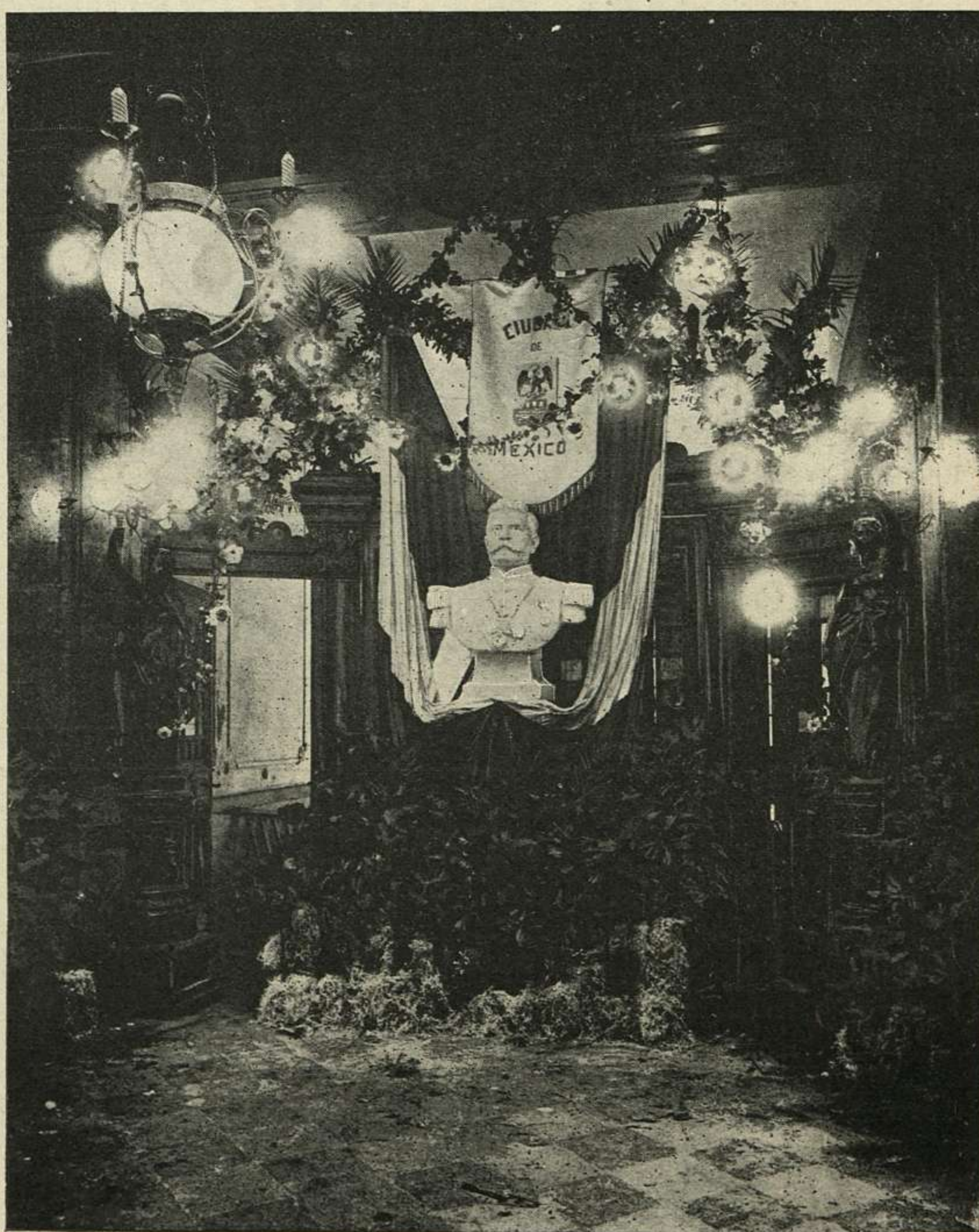
El banquete, al que concurrieron el Gobernador de Distrito, su Secretario, los miembros del Ayuntamiento y los Gobernadores, fué ofrecido en correcto brindis por los señores Landa y Escandón y Algara, y contestó á nombre de los obsequiados, el señor Obregón González.



Salón donde se verificó el banquete.



Adorno de la escalera principal.

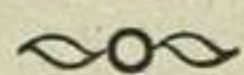


Trofeo colocado á la entrada.



Proyecto de los Sres. Ingenieros Capitán Porfirio Díaz y Durini.

ARCO DE TRIUNFO MONUMENTAL.



Los señores Díaz y Durini concibieron la feliz idea de concretar la historia de México en un arco monumental, cuyo proyecto se publica en este número y está destinado á figurar en el mundo, como único en su género, porque si bien es cierto que existen arcos de triunfo, lo mismo que hermosos monumentos históricos, también es cierto

que hasta hoy no se conoce una obra que, por sí sola, reúna los dos.

En este trabajo no omitieron esfuerzo alguno para poder presentar al Supremo Gobierno un proyecto que, además de recordar á los mexicanos los brillantes y heroicos hechos de sus antepasados, vieran fielmente reproducidos el actual Progreso y Grandeza del país.

Esta obra, de dimensiones verdaderamente colosales, descansa sobre una área de 1887 metros cuadrados, y se compone de una plataforma espaciosa

severa y apropiada, á la cual se da acceso por cómodas graderías muy bien distribuidas y circundada por artísticos antepechos combinados con pedestales sobre los cuales figuran 16 estatuas representando alegóricamente las Artes, Ciencias, Industria, Agricultura.

Sobre esta plataforma se levanta majestuosamente el cuerpo que constituye el Arco de Triunfo, estilo dórico en su parte inferior, y corintio en la superior. Un hermoso intercolumnio con sus arquerías formando una espaciosa galería, hace

de esta parte del monumento un estudio concienzudo de parte de sus autores.

En la ornamentación del friso, resaltan carátulas con los nombres de los Estados Mexicanos, alternados con bajo relieves representando trofeos de armas.

Las dos fachadas laterales son coronadas en la parte central por cuatro estatuas, significando la Ley, La Justicia, la Unión y la Libertad.

En el centro de este mismo cuerpo del edificio, ábrese imponente y de proporciones verdaderamente correctas, el Arco de Triunfo, con el Escudo de la República, colocado entre ramos de laurel y palmas, ligados por un largo lazo con la inscripción "Triunfo de la Independencia."

Estatuas, bustos de próceres mexicanos, lemas, guirnaldas y otros motivos de ornamentación, completan esta parte de la obra. Se asciende á la segunda plataforma por medio de grandes y artísticas escaleras de 3 metros de ancho, colocadas en el interior de las dos partes laterales del primer cuerpo del monumento, completando el grandioso conjunto arquitectónico, estatuas y bustos de todos los demás personajes que han figurado en aquellas épocas.

Del centro de esta plataforma se eleva el esbelto monumento de forma piramidal, y de estilo dórico con reminiscencias de francés, simbolizando la Historia de la Independencia, desarrollada por cuatro grandes grupos de 3 estatuas cada uno, significando la Conquista, la Independencia, la Reforma y la Paz, figurados por los principales patriotas de esta época como: Allende, Morelos, Bravo, Matamoros, Guerrero, etc.

Verdaderamente grandioso y bien colocado es el grupo principal, que imponente se destaca al pie del pedestal del monumento; grupo que despierta en cualquier corazón mexicano, recuerdos gratos y á la par patrióticos. No se necesita ser historiador, para reconocer en las dos estatuas de los lados, al Mártir Hidalgo, y al Benemérito de la Patria, Juárez, el primero lanzando el grito de la Independencia que surgió en la notable Junta de Querétaro, y el segundo dictando Leyes y Reformas, y rechazando la Invasión, simbolizada por una corona y cetro que tiene á sus pies, proclamando al mundo entero, con un ademán muy significativo, los derechos de un pueblo libre é independiente.

Después del sacrificio del uno y de los méritos

del otro, faltaba, para completar la obra del Renacimiento, una nueva estrella que hiciera de México un pueblo digno de su libertad,—he aquí que el año de 1876 se abrió para México un nuevo horizonte de Progreso, Luz y Justicia, por medio de la Paz que el país está disfrutando desde entonces, y se ve simbolizada por una majestuosa figura que surge entre Hidalgo y Juárez, con la gloriosa bandera desplegada, emblema del honor nacional.

Mediante una escalera ó elevador construido en el interior, podrá llegar el público á admirar, desde la altura del gracioso capitel que corona el monumento, el hermoso panorama del Valle de México.

Para inmortalizar á los grandes hombres de la República, remata el monumento con una seblta y significativa estatua:

La Apoteosis de la Independencia Mexicana. En vista de tan bella y atrevida creación de los artistas Díaz y Durini, no dudamos que el Supremo Gobierno tomará en consideración este proyecto, y que en un día no muy lejano, lo veremos erigido majestuoso en la calzada de la Reforma.



Excmo. Sr. Aimearo Sato, Ministro del Japón.



La niña Nobú Sato.



Señora Yuki de Sato.

EL NUEVO MINISTRO DEL JAPÓN.

Entre los acontecimientos culminantes de la semana que acaba de pasar, debemos mencionar la recepción solemne del nuevo Ministro del Japón, verificada el jueves último en el Salón de Embajadores.

Obedeciéndose á las fórmulas que previene la etiqueta diplomática, fueron citados con anticipación los Secretarios de Estado, los Jefes y oficiales del Ejército y los empleados públicos, aumentado este personal con multitud de personas que asistieron al imponente acto.

A las doce en punto del día, penetró al salón el nuevo diplomático, Excmo. señor Aimearo Sato, á quien acompañaban su Secretario y los señores Gobernador de Palacio é Introdutor de Embajadores.

El señor Sato, que no conoce nuestro idioma, se expresó en inglés, manifestando que le causaba gran placer poder informar al Jefe del Gobierno Mexicano, que el Emperador del Japón, su Augusto Soberano, con la mira de mantener y promover las relaciones de amistad tan felizmente existentes entre los dos países, se ha dignado nombrarle Ministro Residente en México, en lugar del señor Murota, que se retiró.

Agregó que al asumir las obligaciones de su alto encargo, puede asegurar que no perdonará esfuerzo alguno para desempeñarlas satisfactoriamente, hasta donde su capacidad le alcance, en bien de los dos países, para lo cual espera confiadamente contar con el apoyo de nuestro gobierno.

Al terminar tuvo el señor Sato el siguiente período, que transcribimos íntegro:

"Permitidme que me valga de esta ocasión, para decir una palabra de admiración por el progreso asombroso que México ha realizado bajo la larga é ilustrada administración de Vuestra Excelencia, progreso que de algún modo corresponden al del Japón, bajo el reinado próspero



Ilmo. Sr. D. Rómulo Betancourt, nuevo Obispo de Tabasco.

de Su Majestad el Emperador actual; siendo una circunstancia feliz y significativa el que hace once años, dos de las naciones más progresistas de la época, celebraban entre sí un tratado de amistad y comercio, sobre la base de justicia é igualdad, á fin de marchar una á la par de la otra, al brillante porvenir que les aguarda. Cuando se ha comenzado bien se tiene recorrida la mitad del camino, y así es que confío en que las relaciones entre los dos países no puedan menos de ser más estrechas y más íntimas en lo futuro, de lo que han sido hasta hoy.

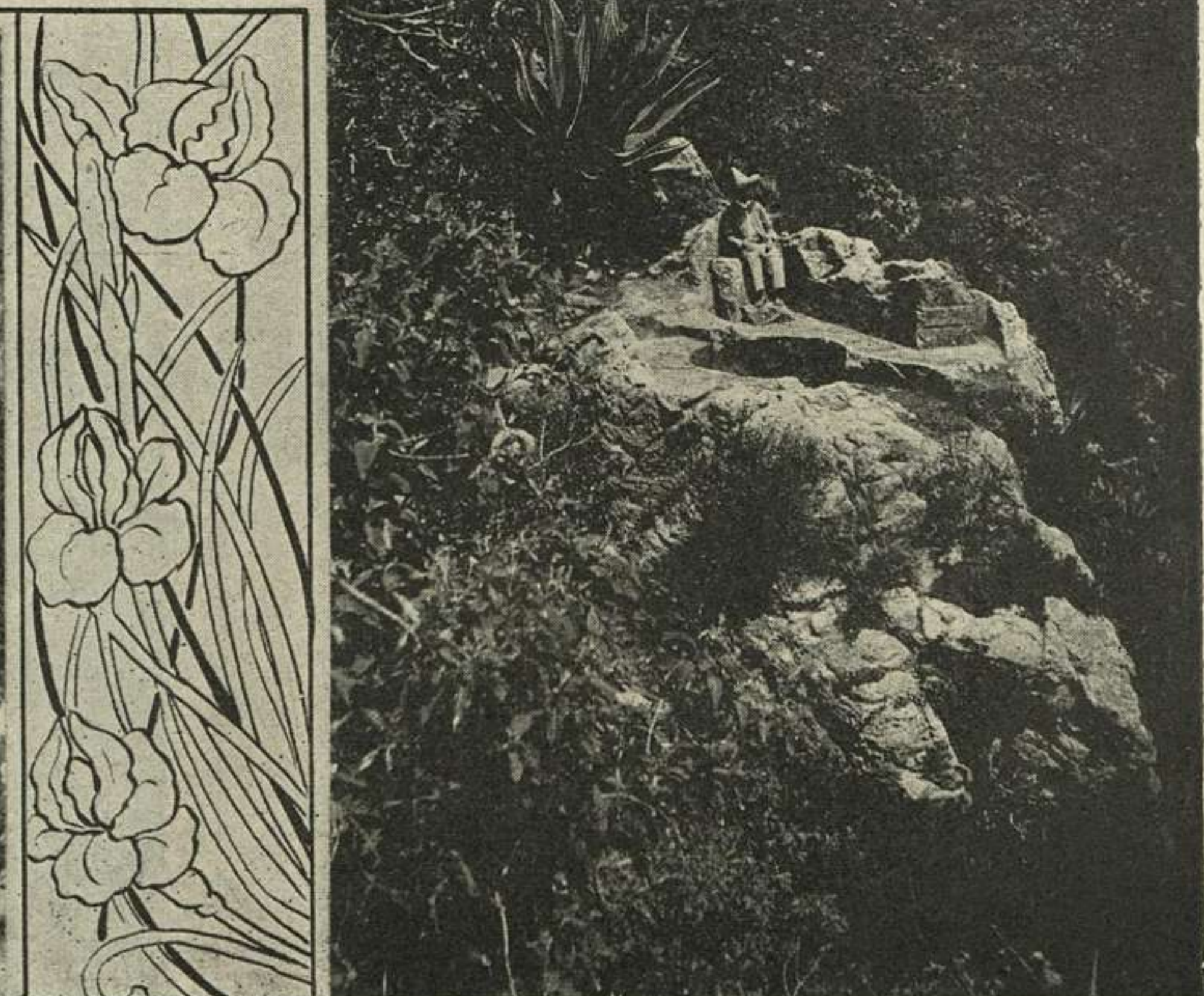
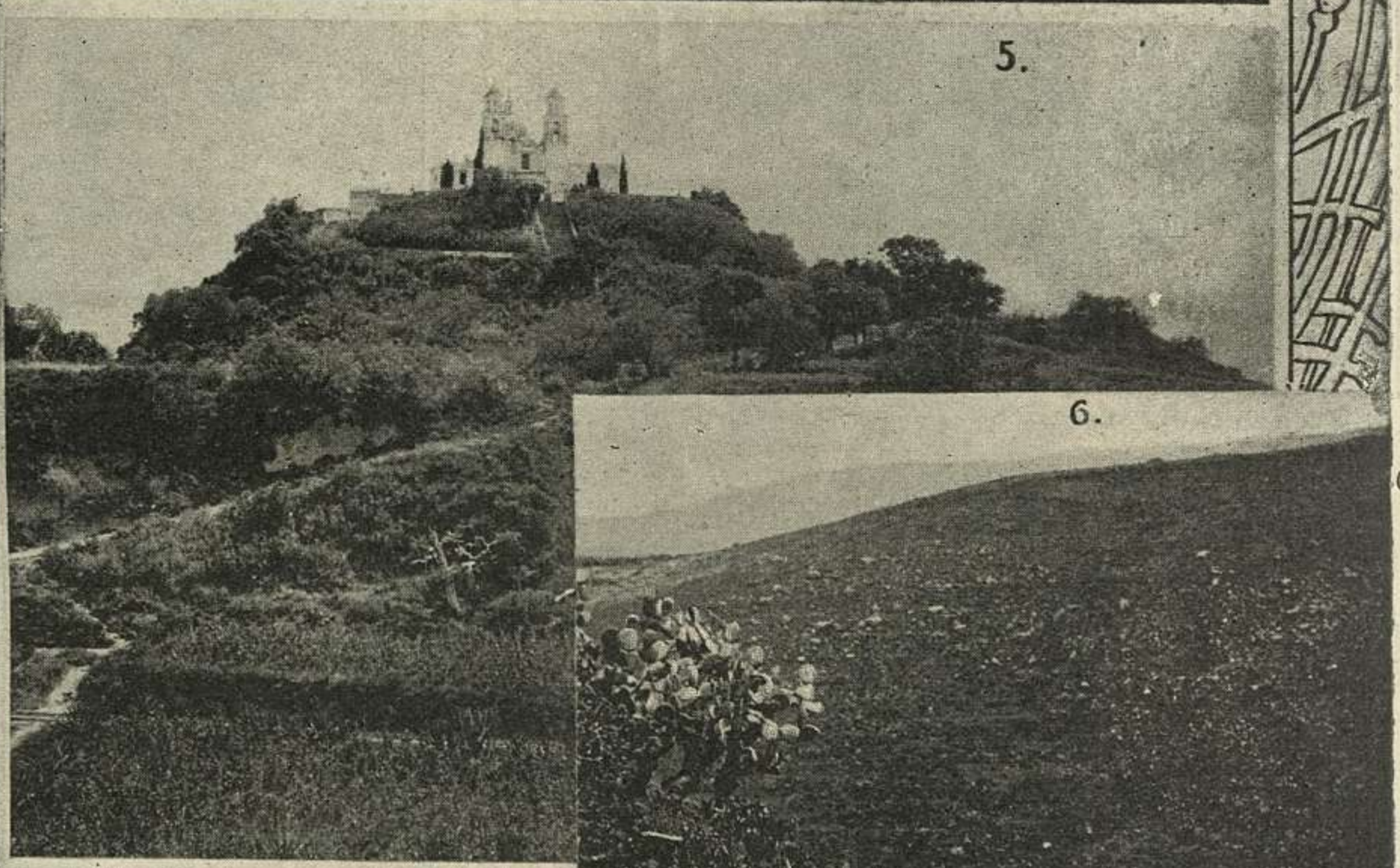
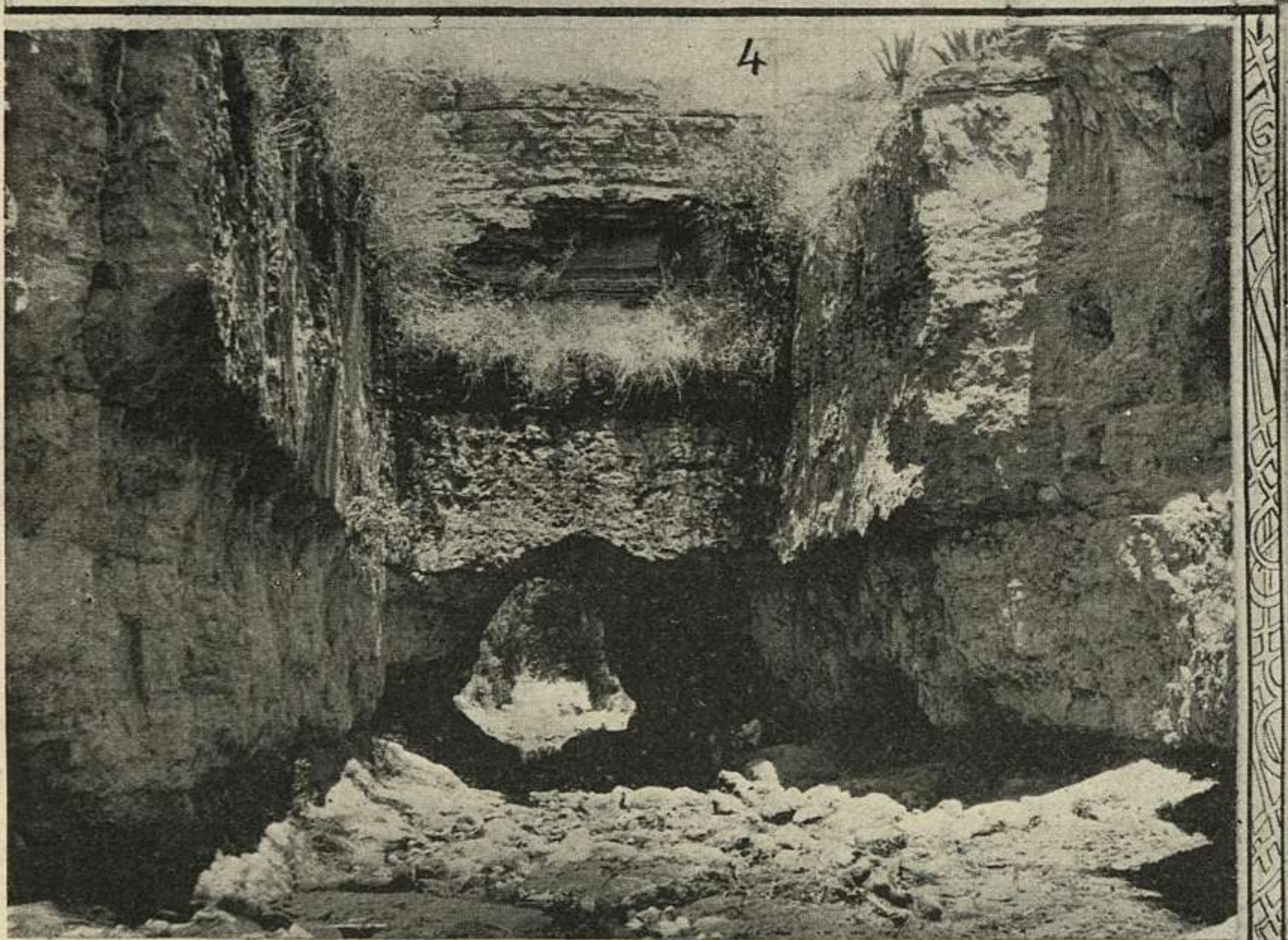
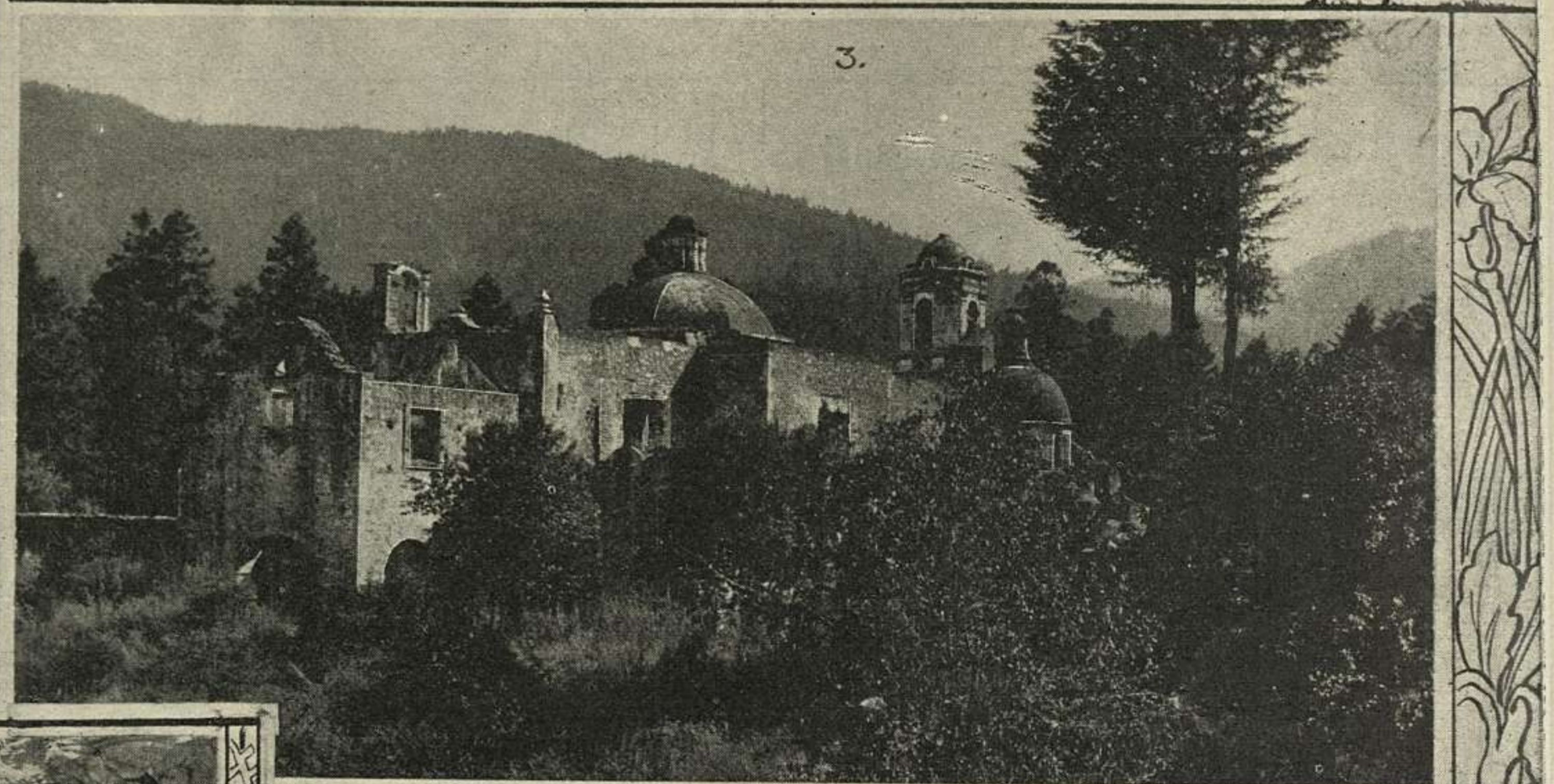
"Al presentar á Vuestra Excelencia mis credenciales y la carta de retiro de mi predecesor, tengo la honra de expresarle los cordiales deseos de mi Augusto Soberano, por la salud y felicidad de Vuestra Excelencia, así como por la prosperidad del pueblo mexicano."

El señor General Díaz contestó, manifestando la satisfacción que le proporcionaba escuchar los amistosos y encomiásticos conceptos que acababa de escuchar, habló en los mejores términos acerca del notable progreso alcanzado por el Japón, que ha abierto de par en par las puertas á la civilización occidental y ofreció que el Gobierno Mexicano apoyaría cuantas gestiones se hicieran para estrechar las relaciones existentes entre los dos países.

Para concluir, señor Ministro,—dijo el señor General Díaz, os suplico trasmitáis á Vuestro Soberano, los votos que hago por su salud y felicidad, así como por la prosperidad siempre creciente del Imperio del Japón.

En esta página tenemos el honor de presentar á nuestros lectores los retratos del señor Ministro y los miembros de su familia, que lo acompañan en México.

NUESTRO PAIS



1.—Vista de una callejuela en Pachuca. 2.—Fot. tomada en un plantío de café de Córdoba. 3.—Ruinas del convento que existe en "El Desierto."
4.—Tlaxcala, túnel en un río. 5.—El templo de Cholula, Puebla. 6.—Ruinas de los baños de los Reyes de Tezcozingo.
7.—Puente en el "Chiquihuite."



Paisaje de invierno.

DE RIME E RITMI.

En el kiosko verdinegro del palacio de los lores
la marquesa Federica sufre intenso mal de amores;
"Noble duque, no me olvides... tu marquesa angelical
que te aguarda pensativa, que te aguarda soñadora,
¿no te brinda sus encantos á la sombra protectora
del gran kiosko verdinegro del palacio señorial?"

Por qué tardas, dulce amigo? ¿Ya en cendales de albo lino
ocultó la luna el rostro reluciente y marfilino!
¿Por qué tardas, duque amado? ¿No te espera en el jardín
la más bella de las damas, la más rica de la corte,
la que luce cetro y martas, la que ostenta regio porte
y asemeja en los saraos el más blondo serafín?

No te olvides, duque noble, que las cuitas de tu bella

son las cuitas torcedoras de la tímida doncella
que nadando en la opulencia sólo sufre mal de amor.
Apresura, duque, el paso, haz volar á tu carroza,
haz que corra, llegue pronto... tu cuitada ya solloza,
en el rico y confortable verdinegro cenador."

Mas el duque no llegaba... Sin encajes de albo lino
asomó la luna el rostro reluciente y marfilino...
Sólo el astro de la noche sus angustias presenció!
Y en el kiosko verdinegro del palacio de los lores
la marquesa Federica traicionada en sus amores
una lágrima de fuego por el duque derramó!

J. M. Galindez.



Pabellón de Alemania

Alemania en la Exposición.

Entre los visitantes extranjeros de la Exposición, domina el elemento alemán. Van á París, triunfadores.

Los Diarios repiten, desde el 15 de Abril, que la exposición de Alemania sobrepasa á las de todos los otros países, y van á convencerse y á gozarse en su triunfo.

Incontestablemente, en efecto, la exposición alemana, repartida en todos los grupos, excepto en el de las colonias, se impone á la atención pública por todas partes. Y no es que haya sido más favorecida que las otras naciones, en cuanto al punto de local. Otros países hay que ocupan una superficie equivalente, con productos y muestras muy interesantes. Pero donde quiera que se ha colocado á los alemanes, han desplegado una energía extraordinaria á superarse á sí mismos en labor.

La potencia industrial y la prosperidad de este pueblo, se afirman y despliegan con una voluntad intensa. Ni un solo rincón ha sido abandonado al capricho de un expositor particular. Allí no hay sino un expositor: la Alemania, Máquinas, objetos, productos, todo está bien etiquetado, llevando el nombre del fabricante; pero no se tiene allí la impresión de competencia que en otros pabellones. Nada parece aspirar á eclipsar á su vecino, y el único triunfo buscado parece ser el de la colectividad.

La vanidad de los visitantes alemanes tiene de qué satisfacerse en todas las partes de la Exposición: la flecha de su pabellón de la calle de las Naciones, es la más alta; sus dinamos son los más poderosos; su faro tiene el proyector luminoso más fuerte; su restaurant es uno de los más caros.

En el gran palacio de las Bellas Artes desde que se penetra en las galerías afectadas al arte alemán, es necesario, desde luego, cerrar los ojos, para des acostumbrarse á la luz natural del día. Al derredor del visitante se elevan pilares macisos de mármol negro, vetado de blanco; los tapices de las murallas son de colores pasados; velos tupidos tamizan la luz, ó mejor dicho, la detienen en el centro de la sala, y no la dejan penetrar sino de

cierto modo, á fin de que caiga exclusivamente sobre las telas adheridas á los muros.

Estas telas, encerradas en cuadros de oro bruñido, de plata, de madera natural, están espaciados en dos rangos horizontales, dejando aparecer entre ellos y sobre ellos un fondo de oro viejo. Ciento cincuenta pinturas solamente y sesenta y cinco grabados y litograbados, representan el arte de las escuelas y el arte independiente.



Monumento de Neufchateau

En la calle de las Naciones, el pabellón del Imperio Alemán se hiergue entre los de la Noruega y la España. Es, dice el catálogo oficial, del estilo del principio del Renacimiento alemán. Se puede ligar este edificio á una época arquitectural: no es menos original y nuevo. No reproduce el pasado, sino que lo evoca.

En el interior un "hall" de mármol rojo sirve de caja á una doble escalera. A la entrada hace frente un busto del Emperador, cubierto de un casco. Las rampas de la escalera y de la galería, están decoradas con figuras de madera esculpida. La planta baja está consagrada á una de las potencias de Alemania: el Libro. Otra sala está reservada á la fotografía.

Todo el pabellón tiene un carácter grandioso y elegante que le distingue aún de los más suntuosos, pertenecientes á otras naciones.

El primer piso está dividido singularmente: de un lado, un museo social; del otro, salones llenos de pinturas francesas de estilo 18, que hacen, en el pabellón Alemán, la "lección de amor de Watteau," el "molinete," la "bailarina," "Camargo" y otras varias, una excepción en la uniformidad del arte alemán que se exhibe en esta galería.

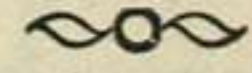
EL MONUMENTO DE NEUFCHATEU.

La ciudad de Neufchateau (Vosgos) acaba de inaugurar un monumento erigido á la memoria de los hijos de aquel departamento, muertos por la patria en diferentes campañas.

Dicho monumento está formado por una estatua muliebre, alegórica, de una actitud heróica. Esta figura de mujer, cuyo busto descubre el movimiento por el cual parece des envainar una espada, es obra de M. Boveris, estatuario. Se levanta sobre un zócalo de granito de rosa, obra de M. Enrique Jacquemard, arquitecto de la ciudad de Neufchateau.

El comité que tomó la iniciativa para la creación de este monumento, y que reunió los fondos necesarios, fué presidido por un personaje importante de aquél departamento.

EL PRESIDENTE KRÜGER EN PARÍS.



En su oportunidad hemos dado noticia del arribo del Presidente de la República Sud-Africana á la capital de Francia.

La recepción que allí se le ha hecho, sin que tenga ningún carácter oficial, ha sido, sin embargo, de lo más notable por las muestras de simpatía que ha prodigado el libérrimo pueblo francés al derrotado caudillo defensor de los intereses de su Patria.

¿Y esto, dirán ustedes, afectará de algún modo la política entre Francia é Inglaterra, que ya muchos suponen tirante, no obstante la correcta forma de las relaciones que existen entre los dos países?...

He aquí lo que á este respecto dice uno de los más caracterizados periódicos parisienses.

“Las manifestaciones organizadas en honor del Presidente Kruger, mantienen altamente preocupada la atención pública, aunque no es de pensarse siquiera que tales manifestaciones, puedan ser de consecuencias para nuestras relaciones futuras con una nación vecina y y amiga; la Francia es bastante grande para mostrar sus simpatías tal como las siente, sobre todo, cuando no se le puede acusar de proteger terceros intereses á expensas de una nación vecina y amiga.

“La acogida que ha tenido en Francia el Presidente de la República Sud-Africana, la tendrá en todas partes por donde vaya.”

“Sea en Italia, en Alemania ó en cualquier parte, la política no podrá impedir que las multitudes, manifiesten muy alto su respetuosa admiración para los vencidos en este duelo desigual, que se ha prolongado más de un año, con menosprecio de todas las leyes, divinas y humanas.”

El periódico del cual traducimos los anteriores conceptos, termina diciendo que sería de desearse que todas esas manifestaciones tuvieran un eco en Inglaterra, para que esta nación, aun sacrificando su orgullo y sus intereses, pusiera fin á esta contienda.

Con motivo del viaje de Kruger, damos á conocer á nuestros lectores los retratos de la familia del admirado Presidente: sus nietas, señoras Eloff y Guttman y sus pequeños biznietos.

También publicamos los retratos de los valientes guerrilleros bóeros, Luis Botha y Christian Dewet, que son los que mantienen la lucha.



Mme Eloff, Mlle. Guttman y los biznietos de Krüger.



Luis Botha.



Christian de Wet.



A la salud de los novios.